

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

---

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE,

FERMIN BAYONA.

---

**TOMO III. — NUMERO 5.**

---

SUMARIO:

- I. El cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo — II. La Tradición, por Juan Bertis — III. A la sociedad científico-literaria "La Juventud Salvadoreña" (poesía), por Vicenta Laparra de la Cerda — IV. A quien Dios le ha de dar, por la puerta le ha de entrar, por J. A. D. — V. Ensueños (poesía), por \*\*\* — VI. En obsequio del bello sexo, por Rafael E. Chávez — VII. Rimas (poesía), por Nicasio Valle — VIII. El ajo, por Esteban C. Roque — IX. Edad Media, (poesía), por Ismael Enrique Arcimegas — X. El sentimiento, por Víctor M. Jerez — XI. El Bardo (poesía), por Miguel Sánchez Pesquera — XII. Notas.

---

**Redacción y Administración: Calle de Hidalgo núm. 69.**



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE RICAURTE. 12.

Febrero 20 de 1891.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Víctor M. Jerez.
1 <sup>er</sup> Vocal	„	Juan Gomar.
2 <sup>o</sup> „	„	Francisco Dueñas.
Tesorero	„	Fermín Bayona.
Fiscal	„	Lisandro Blandón
1 <sup>er</sup> Secretario	„	Adrián García.
2 <sup>o</sup> „	„	Doroteo Fonseca.

## SOCIO HONORARIO,

Doctor Don Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS:

Br. D.	Miguel Dueñas.	Br. D.	Esteban C. Roque.
„	Juan Mena.	„	Abraham Chavarría.
„	David A. Payés.	„	Nazario Salaverría.
„	Rafael E. Chávez.	„	Fidel A. Novoa.
„	Nicolás Leiva.	„	Francisco Espinal.
Dr.	Francisco Martínez Suárez.	Dr.	Guadalupe Ramírez.
„	Horacio Rómulo Jarquín.	„	Francisco Gutiérrez.

## SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Br. D.	Salvador Flamenco.	Dr.	Rubén Rivera.
„	Adolfo Castro.	„	Abraham Rivera.
„	Baltasar Parada.	„	Francisco A. Reyes.
Dr.	Simeón Eduardo.	„	Carlos A. Imendia.
„	Carlos Dárdano.	„	Anselmo Valdés
„	Ramón P. Molina	„	Ismael Cerna.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Francisco Dueñas,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO III |

SAN SALVADOR, FEBRERO DE 1891.

| NUM. 5

## El cuarto Centenario del descubrimiento del NUEVO MUNDO.

La Real Academia Española deseando contribuir á la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, ha iniciado un certamen poético invitando para esa fiesta de la inteligencia á todas los países en donde se hable el idioma castellano.

El señor Ministro de Instrucción Pública, por medio de un atento oficio dirigido al Presidente de nuestra sociedad, se sirve excitar á los miembros de "La Juventud Salvadoreña" para que concurren á dicho certamen, acompañando al mismo tiempo el programa de la Real Academia en que se fijan las condiciones á que deben sujetarse los autores que aspiren á los premios ofrecidos.

No obstante haber tomado la Junta Directiva todas las medidas referentes á dicho asunto, nosotros desde las columnas de nuestra Revista excitamos de nuevo á todos nuestros poetas y amigos de la literatura para que antes de fines de

noviembre del año corriente nos envíen sus producciones para poder así remitirlas á España, dentro del término fijado por la Real Academia.

El acontecimiento que se trata de celebrar es de los más grandiosos que registran las páginas de la Historia, ofreciendo vastísimo campo de inspiración; razones por las cuales hemos creído que nuestros literatos acojerán con entusiasmo y secundarán gustosos los laudables propósitos de los académicos españoles.

A continuación publicamos el oficio del señor Ministro, la contestación del Presidente de "La Juventud" y el programa de la Real Academia Española.

República del Salvador, Ministerio de Instrucción Pública.—Palacio Nacional: San Salvador, febrero 12 de 1891.

*Señor Presidente de "La Juventud Salvadoreña."*

P.

Los señores Director y Secretario de la Real Academia Española, con fecha 5 de enero último, me dicen lo siguiente:  
"Por acuerdo de la Real Academia Española tenemos la honra y el gusto

de enviar á V. E. ejemplares del programa de un certamen poético con que esta corporación se propone celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

A dicho certamen anunciado hoy en la Gaceta de Madrid, pueden concurrir los poetas de todos los pueblos en que se habla la lengua de Cervantes, y la Academia espera que V. E. se sirva determinar lo que considere mas oportuno para que en ese país se dé la mayor publicidad á un aviso que tanto importa poner en conocimiento de los ingenios capaces de realzar la gloria literaria de América, tomando parte en la noble lid á que amorosamente los llama la Academia Española."

Lo que tengo la honra de trascribir á U. acompañándole el programa á que se refiere la nota anterior, á fin de que si lo tiene á bien, se sirva excitar á los miembros de la sociedad que U. preside para que concurren al certamen literario promovido por la Real Academia Española. Suplico á U. además se sirva mandar publicar la nota circular y el programa en el importante periódico órgano de la Sociedad.

Soy de U. con toda consideración muy atento seguro servidor.

ALBERTO MENA.

"La Juventud Salvadoreña" Sociedad Científico Literaria. = San Salvador, febrero 25 de 1891.

Señor Ministro de Instrucción Pública del Supremo Gobierno.

P.

Es en mi poder el atento oficio de U. en que se sirve excitar á "La Juventud Salvadoreña" á efecto de que concorra al certamen poético, para que invite la Real Academia Española, y con el cual la docta corporación se propone celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

He dado cuenta á la Junta Directiva de invitación tan honrosa; y aunque ella bien comprende que los esfuerzos de esta Sociedad no alcanzarán á corresponder como es debido tan generoso llamamiento, hará todo lo posible para que concurren con sus producciones algunos miembros de "La Juventud Salvadoreña, significando con esto su adhesión más completa á las mani-

festaciones de entusiasmo por el glorioso acontecimiento que se trata de celebrar, y su profundo reconocimiento al señor Ministro por la benevolencia con que se ha dignado favorecerla.

Con toda consideración soy de U. muy atento y seguro servidor.

VICTOR M. JEREZ.

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Deseando contribuir en lo posible al esplendor de las fiestas con que todos los pueblos civilizados, y muy particularmente España y las Repúblicas que de España proceden, van á celebrar el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, la Real Academia Española ha dispuesto abrir un certamen literario y convidar y excitar para que concurren á él á los ingenios de aquellos países donde sea idioma nacional el castellano.

La obra que la Academia se propone premiar ha de estar escrita en verso y en dicho idioma.

No se fija el género, lírico, épico ó didáctico del poema.

Su extensión queda también al arbitrio y juicio de los autores, quienes no traspasarán los límites de un canto épico, ni escribirán muy breve, porque en pocas palabras, por acertadas que sean y por muy hermosamente dispuestas que estén, no cabe expresar la abundancia de sentimientos y de ideas que deben sugerir la magnitud y trascendencia del asunto y la ocasión en que se solemniza.

Sobre el asunto mismo cree la Academia que no conviene concretar en demasía ni encerrar la inspiración de los poetas dentro de muy determinado círculo. Basta con que sepa cada cual que su propósito es ensalzar el descubrimiento de América, suceso de los más gloriosos de la Historia, haciendo notar y admirar su grandeza, ya por él, ya por sus consecuencias é influjo en el conocimiento del Universo visible, en la civilización de las naciones, en la política, en el comercio y en todas las ciencias, artes é industrias.

La Academia, al formar su juicio, procurará tener en consideración la riqueza, novedad, sublimidad y hermosura

de los pensamientos que exprese cada poeta: pero no podrá menos de atender mucho á la forma propia de la poesía, ya que es poesía lo que trata de premiar, y no disertación científica ó filosófica. Además que por forma ha de entenderse no meramente la exterior y técnica, que estriba en el primor y armonía del metro, en lo fácil y raro de la rima, en la propiedad, corrección, pureza y elegancia del lenguaje, sino también aquella forma íntima en que el verdadero poeta se revela, muestra su noble y no afectado entusiasmo, infunde el fuego de su alma y logra comunicarle á los otros seres humanos.

Como no es de temer que la composición poética que posea tales requisitos, pueda al mismo tiempo lastimar creencias ó agraviar á personas, instituciones ó colectividades, que la Academia respeta y ama, la Academia, con la indicada racional restricción que su deber y su decoro exigen, concede amplia libertad para que cada autor manifieste sus doctrinas y opiniones, cuya divergencia ó contradicción con las del tribunal que le juzgue puede estar seguro de que no inclinarán el ánimo de los jueces al dictar la sentencia.

El autor de la composición que sea declarada digna del premio recibirá 8,000 pesetas y 200 ejemplares de la edición de su obra que la Academia haga, reservándole su propiedad.

Habrás asimismo dos *accésit*: el primero de 4,000 pesetas, y el segundo de 3,000, con 100 ejemplares además del libro, impreso á expensas de la Real Academia, en el que se incluyan las tres composiciones laureadas.

Los premios se entregarán á los autores ó á quienes estén autorizados por ellos, en Junta pública, celebrada con dicho fin por esta Corporación.

Las composiciones que aspiren al premio se enviarán al Ilmo. Sr. Secretario perpetuo de la Academia, antes de fin de enero de 1892.

Todas han de venir en pliego cerrado con un lema ó señal en el sobre. En otro pliego, cuyo sobre tendrá la misma señal ó el mismo lema, se dirán el nombre y la residencia del autor.

Estos pliegos segundos, salvo los que acompañen á las composiciones laureadas, se quemarán en público sin abrirlos.

Los individuos de número de esta Real Academia no podrán concurrir al certamen.

Madrid. 31 de diciembre de 1890.—*El Director*, E. CONDE DE CHESTE.—*El Secretario*, MANUEL TAMAYO Y BAUS.

## La tradición.

Una cadena no interrumpida de testimonios que por toda la duración de los siglos se van dando las generaciones unas á otras de los hechos que se transmiten, se llama tradición. Algunos han creído que la tradición es un conducto muy falible para saber con certidumbre lo que ha pasado en tiempos lejanos: entienden que la verdad de los hechos debe ir sufriendo alteraciones más ó menos notables, ya por que no es fácil suponerse una perfecta identidad y exactitud en los términos con que se refieren los hechos, ya por la natural inclinación que hay á modificar las noticias, ya finalmente por las preocupaciones diversas que tanto influyen así en el juicio de los individuos, como en el sentido común de las naciones.

Y no faltan motivos que impulsen á esta clase de escépticos, ni especiosas analogías que den importancia á sus sofismas. Apenas hay un pueblo cuyo vulgo no admita y circule con todo el aire de la convicción mil especies ridículas, cuentos fabulosos y tradiciones químicadas. Sin salir de los sucesos contemporáneos, nos sorprendemos á cada paso con las alteraciones notables con que llegan á nosotros las noticias de los acontecimientos. Con harta frecuencia vemos acreditada de falsedad una especie que había adquirido mucha boga. De esos accidentes tan comunes se forma un argumento contra la tradición general, y un argumento de

aquellos graduales en cuyo favor se cree que milita la mayoría de razón; pues cuando á los contemporáneos mismos de los hechos que se refieren, sorprende á cada instante la impostura, parece que el peligro es mayor, y mayor la facilidad de engañar cuando se trata de aquellos hechos que han pasado muchos siglos antes de nosotros.

Sin embargo, estas y otras reflexiones que pudieran hacerse, ni alteran las ideas que deben tenerse de la tradición, ni son capaces de menoscabar la certidumbre que ella engendra en el alma, siempre que ha pasado inmune por el crisol de una buena crítica. La tradición, lo mismo que todo medio probatorio, se apoya en principios infalibles, cuenta con reglas seguras y se facilita á las más importantes aplicaciones. Veamos pues los requisitos que ha de tener la tradición, y concluyamos que por ella se adquiere una perfecta certidumbre de los hechos pasados.

Hablando de las reglas, lo primero que ocurre se refiere á los hechos; pues estos, atendida su naturaleza, son susceptibles de más ó menos alteración. Un acontecimiento insignificante puede ser glossado y aun fingido impunemente por uno ó muchos impostores, pues como no afecta á los intereses públicos ni arrastra la curiosidad de los sabios, se oyen referir con indiferencia, y por lo mismo, ni se les da crédito alguno, ni se combaten con calor y publicidad. Si el hecho es de esta clase, la tradición es muy falible, y por tanto no puede producir la certidumbre. La primera circunstancia, pues, que debe tener una buena tradición, es que los hechos transmitidos tengan cierta magnitud é importancia capaces de excitar el interés público y privado.

Una tradición puede muy bien hacernos retroceder por la serie de

algunos siglos; pero sin conducirnos á las épocas precisas en que se verificaron los sucesos. En este caso la tradición tiene un origen bastardo y sospechoso, siendo por lo mismo incapaz de producir en nosotros la certidumbre. De aquí resulta, que esta cadena de testimonios, que constituye la tradición, ha de ser íntegra y continua, es decir, ha de llegar hasta los testigos oculares, y no se ha de cortar en ningún tiempo.

Para que haya tradición, basta que haya una serie de individuos sucesivos que de uno á otro se hayan ido trasmitiendo tal ó cual acontecimiento; pero una serie de esta clase vale tanto como la afirmación de un solo testigo, puesto que subiendo por ella hasta el tiempo del suceso hallamos el primer eslabón de esta cadena en el dicho singular de un solo testigo; y como el dicho de un solo testigo no produce la certidumbre, tampoco puede engendrarla una línea tradicional. Resulta de aquí que la tradición para producir sus efectos, debe representar á muchos testigos oculares, esto es, que la noticia del hecho ha de venir hasta nosotros por varias y diversas líneas tradicionales.

Finalmente, los testigos pueden tener un interés común en afirmar una falsedad, y por lo mismo la tradición debe ser tal que excluya todo recelo. Tales son las principales reglas que pueden establecerse, para asegurar nuestro juicio sobre los objetos diferentes de la tradición: resta solo manifestar, que cuando ésta se halla revestida de todos los requisitos que acabamos de enumerar, produce la más plena certidumbre en el espíritu.

Para convencernos de esta verdad, nos basta reflexionar que ni el hecho tiene en sí mismo riesgo de ser alterado, ni los testigos tampoco poder ninguno de alterarle en la

serie de los siglos siguientes.

Un hecho tiene en sí mismo recursos para favorecer la mala fe y la impostura de los testigos cuando ha sido muy privado, cuando es de poca entidad y cuando no afecta más intereses que los de algunas personas privadas. Mas como ninguna de estas condiciones ha de tener el hecho de que se trata en una tradición legítima, claro es que por su naturaleza no presenta esos caracteres de falibilidad que tanta desconfianza inspiran respecto de los acontecimientos oscuros y privados. Los grandes hechos que todas las sociedades más ó menos cultas deben á sus tradiciones, son siempre de una estatura y eminencia colosales, afectan de ordinario á los intereses más caros de las naciones, y han pasado por el crisol difícil de las contradicciones y de los partidos. No son tampoco semejantes á esas olas enfurecidas que hacen estremecer por el momento al espectador del Océano, para desvanecerse luego y confundirse del todo hacia las márgenes inmóviles de la playa: no, estos hechos parece que mantienen por muchos siglos á las respectivas naciones en cierta especie de agitación secreta; y se ligan y encadenan de tal suerte con las costumbres, los usos, las leyes, las vicisitudes de la sociedad y las revoluciones políticas y filosóficas, que no tiene poder ninguno contra ellos, ni es capaz de menoscabar su derecho á los recuerdos futuros la carrera desoladora del tiempo. ¿Qué resulta de aquí? que semejantes hechos viven siempre, porque siempre interesan; é interesan siempre, porque nunca dejan de influir más ó menos en el carácter y en la suerte de la sociedad, y porque se radican de tal modo en los sentimientos del hombre, que parece imposible resistir á la tentación dulcísima de referirlos y en-

carecerlos. Los padres hallan cierto placer en rodearse de su familia para referirle las cosas de su tiempo; y estas narraciones fieles de los faustos ó adversos acontecimientos que han agitado en otros tiempos á cada sociedad, son las primeras lecciones de política, los primeros documentos de historia, los primeros estímulos de patriotismo y las primeras chispas de espíritu público, que la ancianidad venerable deposita en el pecho de la nueva generación que ha de sobrevivirle: son, en suma, el grande, importantísimo legado de antiguas experiencias, la tradición sucesiva de un rico patrimonio atesorado en el prodigioso curso de muchos siglos.

¿Qué peligros pueden suponerse cuando se trata de tan señalados y esclarecidos hechos? Ninguno: no el olvido, porque es imposible olvidar lo que ha producido fuertes y terribles sacudimientos en las naciones: no la indiferencia, porque es imposible menospreciar lo que á todos importa y afecta más ó menos los intereses públicos: no las suposiciones fabulosas de un vulgo preocupado porque si este finge á su placer ridículas quimeras y consejas caprichosas, para entretener su necedad; el sabio vela en torno de las memorias antiguas, y la severa y celosa crítica, tiene levantado delante de ella el valladar inamovible que separa lo verdadero de lo falso, y repele noblemente las tentativas diversas de la preocupación y de la impostura.

Pero que, ¿los mismos que trasmiten estas memorias no tendrán pasiones que cebar en la credulidad futura, y recursos para corromper las noticias y alterar considerablemente las tradiciones? No por cierto, y este es el segundo extremo que nos resta probar.

Tres cosas pudieran facilitar á los impostores un recurso para se-

ducir la convicción de sus contemporáneos: primera una rotura tal en la cadena de la tradición, que pudieran algunos á tiempo de revivirla, desnaturalizarla del todo ó corromperla por lo menos: segunda, una exclusión tan absoluta de recursos para desengañarse, que la generación posterior se viera en el caso de creerlo todo ó de negarlo todo: tercera, el particular interés de los testigos tradicionales en referir las cosas conforme á sus miras. Veamos ahora como ninguno de estos supuestos cabe en una tradición legítima.

El primer medio de corromper una tradición se opone al segundo requisito que ha de tener ella. Hemos dicho que la tradición debe ser total y continua: bajo el primer aspecto debe tener por punto de partida la deposición unánime de los testigos: oculares, bajo el segundo, no debe haber en toda ella una sola interrupción. Queda pues demostrado que la tradición legítima no da lugar al primer recurso, pues no hay en toda ella rotura ninguna capaz de favorecer los designios de uno ó muchos impostores.

Si una generación hubiera de morir totalmente que la nueva tuviera el uso de su razón expedita, podría darse el caso de que alguno fraguase un hecho para engañar á los otros; pero no es esto lo que sucede, como todo el mundo sabe. "La sucesión de las edades, dice Bergier, es imperceptible, y jamás llega á interrumpirse el hilo de las generaciones. Pasamos nuestros últimos años con los jóvenes que han de componer la edad que debe seguirnos, y hemos pasado los primeros de nuestra vida con los ancianos del siglo precedente. De estos último hemos recibido la tradición de lo que vieron en su tiempo, tradición que á nuestro turno trasmitimos nosotros á los prime-

ros. ¿Un hombre de cincuenta años es dueño por ventura de formar con los de su tiempo el complot de seducir con una impostura en materia grave á los jóvenes de veinte? Y cuando este concierto fuera posible, ¿sería bastante á producir algún efecto? Los últimos, en este caso, se apresurarían á responder: nosotros hemos vivido ya veinte años con otros más viejos que vosotros, los cuales debiendo estar igualmente instruidos en los hechos públicos é interesantes que nos referís, nada nos dijeron, y á mayor abundamiento, el mismo presente estado de las cosas deponen contra vuestra narración."

En efecto, el modo con que se suceden unas á otras las generaciones, imposibilitaría siempre una impostura semejante, porque esta no hallaría coyuntura para acomodarse en ninguna época del tiempo. Para sentir mejor la fuerza de esta prueba, hagamos la demostración más palpable: supongamos una tradición cualquiera. Ella nos presenta una serie de generaciones: la primera de éstas se compone de los testigos oculares y contemporáneos al hecho; la última de nosotros los que actualmente vivimos. Ahora bien: la segunda generación vivía con la primera y con la tercera: no podía pues engañar á ésta porque subsistían los restos de la primora para desmentirla. La tercera vivía con la segunda y la cuarta: ésta con la quinta y la tercera, y así todas las demás: y ya se está viendo cómo, eslabonadas de esta suerte las generaciones unas con otras en la trasmisión de un hecho público é interesante, no tiene lugar el segundo supuesto, es decir, el de una exclusión absoluta de recursos, que coloque á la generación nueva en la dura pero inevitable alternativa de creerlo todo ó de negarlo todo.

Finalmente, una colusión bien



combinada para persuadir una impostura, supone una identidad perfecta de miras, intereses y pasiones; identidad que excluye por su naturaleza misma la tradición de que se trata. La cuarta, de que hicimos mérito, establece que el hecho ha de llegar á nosotros por distintas y diversas líneas tradicionales: cada línea representa un testigo, cada testigo tiene sus pasiones propias y su carácter singular. Si pues el hecho se nos tramite por líneas distintas, se nos asegura por muchos testigos: si por líneas diversas, se nos asegura por testigos que, divididos entre sí en opiniones, tendencias, intereses y pasiones, solo han podido uniformarse por el ascendiente de la verdad.

Toda tradición fabulosa presenta necesariamente muchos caracteres de falsedad y de ordinario los reúne todos: refiere por lo regular un hecho oscuro de que nadie ha sido testigo, ó un hecho sin consecuencia, el cual no puede producir ningún efecto sensible; ó no se remonta hasta la fecha y testigos oculares del hecho; ó se contradice acerca de las circunstancias esenciales; ó está encerrada en un espacio muy estrecho y entre un corto número de personas. Mas cuando una tradición está revestida de todos los caracteres contrarios, es tan cierta, tan infalible, como el testimonio mismo de los testigos oculares ó contemporáneos.

Pero por muy fecunda que sea la tradición, ella no puede comprender sino cierto número de instrucciones y noticias. Ya se ha visto que no podemos fiarnos en ella sino cuando nos trasmite ciertos hechos de la más grande importancia y de extraordinaria magnitud: hechos que componen un reducidísimo número, si se compara con ese imponente conjunto de noticias que comprende todos los su-

cesos y hasta los últimos pormenores de cada uno: noticias por otra parte necesarísimas no solamente para apreciar mejor la importancia de los hechos principales, sino para descubrir su enlace, considerarlos bajo todos sus aspectos, y sacar toda la utilidad posible del aprendizaje que hace la posteridad en la escuela sabia de la experiencia antigua. He aquí los títulos de admiración y la excelencia suma de la *historia*, que consignando por escrito lo que en cada edad acontece, nos trasmite y trasmite á nuestros descendientes el cuadro general y completo de todas las cosas que han pasado en otras épocas, y el juicio que hemos de formar sobre la conducta de los hombres y de los pueblos, en las muchas y diferentes vicisitudes de la sociedad humana. No sabemos cómo la historia ha tenido tantos detractores, cómo han podido resolverse los filósofos á despojarla de sus derechos á nuestra convicción, y á figurarse y querer persuadir á los otros, que no es capaz ella de fijar nuestras ideas y producir la certidumbre. Quitar de enmedio la historia y privarla de su crédito y reputación es una misma cosa en cuanto á sus efectos; porque tanto vale que la historia no exista, como persuadirse que no es capaz ella de producir la certidumbre sobre los sucesos que refiere. Y puesto que la noticia de tales sucesos es precisamente lo que forma esa vida antigua de la sociedad, aspirar á destruir la autoridad irrecusable de la historia, es lo mismo que pretender mantener al género humano en una infancia perpetua. El solo conocimiento que tenemos de la sociedad y sus fines, nos bastaría para concluir con toda seguridad, que existen medios infalibles para reconocer la verdad histórica, y adquirir la más plena certidumbre sobre los

hechos que en ella se contienen.

No puede negarse que en todos tiempos han existido escritores ineptos ó malvados, qué ó no han sabido descubrir la verdad, ó se han empeñado en ocultarla susti-yéndola con errores de hechos, á propósito para favorecer sus miras. Los abusos son tan antiguos como el hombre y no puede asignarse por lo mismo una época sola en que no se haya pervertido la inteligencia, y hecho servir las más preciosas facultades del espíritu á la impos-tura y al error. Pero también es cierto que Dios ha revestido siem-pre la verdad de caracteres tan es-pléndidos, que si ella tiene sobre sí á veces algunas tinieblas, conserva siempre gran parte de su luz, la cual es más que suficiente para di-sipar las sombras.

San Salvador, febrero de 1891.

JUAN BERTIS.

Á LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA

## “LA JUVENTUD SALVADOREÑA.”

Poética Juventud! faro precioso  
Que surges en la ardiente fantasía,  
Cual se eleva radiante y magestuoso  
En el oriente, el luminar del día!

\* \* \*

La noche entolda el bello firmamento  
Al tender su crespón en el espacio  
Y con el frío soplo de un aliento  
Enluta los celajes de topacio.

\* \* \*

Bate sus alas y adormece el mundo  
Y derramando su letal beleño,  
Envuelve el hombre en el vapor profundo  
Que hunde la vida en la inacción y el sueño.

\* \* \*

Y el sueño, que es la imagen de la muerte,  
En esas horas lentas y pesadas  
Al hombre más activo deja inerte,  
Apagando el fulgor de sus miradas.

\* \* \*

Y todo se confunde y palidece;  
Y entre las densas sombras del misterio,  
La joven fantasía languidece,  
Y es la tierra un estéril cementerio.

\* \* \*

Porque sin luz, se esconde la belleza,  
La noche cubre con su opaco velo  
La grandiosa y feraz naturaleza,  
Y no admiramos el azul del cielo.

\* \* \*

Mas, se levanta la risueña aurora  
Ceñida de brillantes esplendores,  
Y con su nimbo el horizonte dora  
Tiñéndole de vívidos colores.

\* \* \*

Rasga la sombra y se despierta el mundo;  
Huye temblando el ángel de la noche:  
Ya no es la tierra un páramo infecundo,  
Y abre la flor su delicado broche.

\* \* \*

Así, “LA JUVENTUD SALVADOREÑA.”  
Trasunto fiel de la radiante aurora,  
Se levanta magnífica y risueña  
Derramando las luces que atesora.

\* \* \*

Es la ignorancia noche tenebrosa  
Que, eclipsando la aurora del talento,  
Adormece con su ala pavorosa  
La bella inspiración y el pensamiento.

\* \* \*

Pero la sociedad que organizaron  
Hombres que aman la ciencia y la poesía  
Al formarla las brumas disiparon  
Cual deshace la sombra el claro día.

\* \* \*

¡Adelante campeones del progreso!  
No desmavéis! que el sol de la victoria  
Ya selló nuestra frente con el beso  
Que abrillanta los lauros de la gloria!

\* \* \*

Sí; cultivad el campo literario  
Donde brilla la hermosa inteligencia.  
Y guarda cada flor en su nectario  
El aroma precioso de la ciencia.

\* \* \*

Hermosa Juventud! ¡ideal sublime!  
¡Conjunto de talentos y poesía!  
Mi alma doliente que en la angustia gime.  
Una corona de laurel te envía!

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala, enero de 1891.

“A quien Dios le ha de dar, por la puerta le ha de entrar.”

Un amigo mío me refirió hace poco la siguiente anécdota, y yo, lector, como me la contaron te lo cuento.

En el año de gracia de 18.... vivía en la célebre villa de N.... don Facundio Cachaza, quien por su buena pasta é inalterable pachorra, gozaba de merecida fama cien leguas á la redonda.

El apurar el meollo con el tanto por ciento ó arrimar el hombro al trabajo, no era para don Facundio, que á haberlo hecho, hubiera podido apostárselas al más pintado, pues no carecía de buenas dotes intelectuales.

Sin preocuparse por nada, esperando siempre que el maná cayera del cielo, el oro, como él decía, pasaba el santo día arrellenado en su butaca de cuero á donde doña Engracia, su costilla, le llevaba, con regularidad matemática, el pocillo de chocolate del desayuno, que sorbía después de persignarse; el opíparo almuerzo, á la una, entre el Pater y el mea culpa, y por la noche, la colación del ayuno, pues han de saber ustedes que á don Facundio, en materia de devoción, nadie le iba en zaga en el lugar. Haciendo prodigios de habilidad, como pulpera, podía doña Engracia subvenir al estómago de su consorte y á los otros gastos del menaje, y si alguna vez se atrevía á hacerle observaciones diciéndole que aquella vida no podía durar; que el negocio de los quesos iba mal y que dentro de poco quizás ya no tendrían lo necesario para el sustento, si él no se tomaba el trabajo de buscarlo, don Facundio, encogiéndose de hombros, en la butaca de cuero, contestaba indefectiblemente:

“Calma, Engracia, por San Cristóbal, cálmate: mañana talvez seremos ricos; ello ha de suceder algún día.”

—Pero, hombre de Dios, cómo quieres que las onzas caigan del techo? Es preciso.....

—Calma, Engracia, por San Cris.....

—Para eso me casé contigo, para vivir esclavizada, pendiente de tu gula y de tu pereza.

—Contra gula, templanza; contra pereza diligencia, dice nuestra Santa Madre Iglesia: sé, pues, tú, temperante, diligente y la paz sea en esta casa.

—Pérfido.....

—Calma, Engracia por ...

—Infame....

—Engracia!.....

—Bribón.

Y terminaba siempre la escena con pataletas y lloriqueos de doña Engracia y bostezos y ronquidos de don Facundio, que se alargaba en su butaca de cuero.

Un día, en que la crisis pecuniaria llegaba á su colmo, don Facundio anunció á su cara mitad que su compadre Cleto había dispuesto sentar sus reales en el lugar y que aquella noche cenaría en casa. No sería malo que echaras una ojeada por la cocina.

—Pero cómo diablos?

Aquí la interrumpió don Facundio, santiguándose: tú blasfemas, Engracia, no blasfemes y haz doble número de chuletas, y cómprate con los cuartos que quedan unas cuantas pintas de vino—y aquí la consabida frase y las pataletas y lloriqueos de doña Engracia; pero no había remedio, el compadre estaba ya invitado y fué preciso obedecer.

\*\*\*

La cena fué opípara y los compadres, encomiando la habilidad culinaria de doña Engracia, hicieron

tales honores á las chuletas y relleños, humedeciéndolos por su puesto con el chateau amargo, como decía el compadre, que don Facundio hubo de levantarse precipitadamente, á los postres, emprendiendo rápida fuga hacia el patio con asombro de don Cleto que estuvo á punto de atragantarse con un bizcocho que á la sazón engullía. Quiso correr en pos de su compadre; pero acertó á llegar doña Engracia y . . . . cambió de idea.

Largo rato después de lo ocurrido, entró don Facundio, radiante de, alegría.

—Albricias, compadre Cleto, albricias.

—Algún brillante negocio.

—Nada de eso; mucho más.

—Se murió la abuela nombrándote heredero.

¡Bah!

—Te han hecho ministro?

—Pif!

—Alguna . . . . é interrumpió la frase el compadre haciendo un guiño, no sin mirar de reojo á doña Engracia.

—¡Ca! . . . . .

—Pues hombre, no ácierto: me doy por vencido.

—Oye: en el patio, mientras observaba las estrellas, sentí que mi mano tropezaba con algo que sobresalía del suelo; llamóme la atención y empecé á excavar logrando descubrir, casi hasta la mitad, una especie de jarrón que me pareció muy pesado, como si estuviese lleno de oro; pero, después de mil esfuerzos infructuosos, abandoné mi intento, pagando antes con no muy buena moneda, al rehacio tesoro.

Doña Engracia se echó á reir y el compadre hizo otro tanto no sin incorporarse pretestando que ya era tarde y que se marchaba.\*\* Una vez afuera, dando rodeos á la casa, saltó una tapia que le separaba del patio para ver de apropiarse el ha-

llazgo del compadre, buscó y rebuscó tanto, que al fin dió, á tientas, con el anhelado tesoro; pero al meter las manos en el jarrón y verse hasta los codos de *oro y azul*, fué tal su ira, que de un tirón lo arrancó del suelo y sin perder un segundo, corriendo, como, loco, llegose al cuarto de don Facundio que se disponía á hacer la digestión en su butaca de cuero y apostrofándolo crudamente, le arrojó por la puerta el susodicho jarro—que, al caer y romperse en mil pedazos, inundó el cuarto de onzas de oro. Don Facundio y doña Engracia, al ver aquel mar de riqueza, no pudieron reprimir un grito de asombro, de alegría, en tanto que el compadre Cleto, temiendo la represalia y sin haber parado mientes en lo ocurrido, ponía pies en polvorosa.

Ya lo ves, querida Engracia, exclamó don Facundio: “A quien Dios le ha de dar, por la puerta le ha de entrar.”

J. A. D.

## ENSUEÑOS.

Suspiros de mi pecho,  
envío con las auras  
A mundos muy lejanos  
que en sueños veo yo;  
Y llevan en sus alas  
los ecos de mi alma,  
Los ayes que me arranca  
La ausencia del amor.

\* \* \*

Mi vida se desliza  
perdida en el vacío  
Que puebla de quimeras  
mi mente sin cesar:  
Quimeras conque goza  
mi inquieta fantasía  
A falta de otros goces  
que nunca llegarán.

\* \* \*

Y tengo áureas visiones  
y sueños imposibles

De cosas misteriosas  
 que guarda el porvenir.  
 Secretas emociones  
 se agitan en mi alma,  
 Y miro que otros mundos  
 me llaman hacia sí.

\* \* \*

Escucho leves ruidos  
 que turban el silencio,  
 Latidos que interrogan  
 los de otro corazón;  
 El aire entre sus giros  
 me trae dulces voces  
 De seres que vivieron  
 y el tiempo arrebató.

\* \* \*

Yo miro en las estrellas  
 los ojos que prometen  
 Mil dichas infinitas  
 que llenan de ilusión;  
 Yo escucho entre las olas  
 murmullos misteriosos  
 Que me hablan el lenguaje  
 divino del amor!

\* \* \*

San Salvador, febrero de 1891.

## EN OBSEQUIO DEL BELLO SEXO.

Poco más de un año hace, que un adalid del periodismo surgía del exhuberante campo de la prensa á los primeros efluvios de la estación lluviosa con el ya conocido nombre: "La Juventud Salvadoreña."

Aunque tímido y humilde de nacimiento no dejaba de participar del acalorado entusiasmo latinoamericano, y sediento de vida (eso sí) no vaciló un momento en batir sus débiles alas contra los cuatro vientos cardinales del horizonte.

La benevolencia tanto nacional como extranjera le recibió con los brazos abiertos, ofreciéndole como una prueba inequívoca de su generoso apoyo la benéfica savia de la opinión general.

Una suerte propicia le ha favorecido. Las dificultades á su exis-

tencia han pasado muy por debajo de su vuelo. Sin embargo, ha tenido días de prueba muy serios, tempestuosos y amenazadores, capaces de comprometer la vida de un periódico. Entorpecida momentáneamente su emprendida marcha ha vuelto á entrar al encarrilamiento.

Más de un colega extranjero, inspirados talvez en los sentimientos de simpatía, le han honrado sobre manera reproduciendo algunos de los artículos que registran sus columnas, en pro del estímulo y gratitud de los jóvenes agraciados.

Distinguidos escritores centroamericanos y colombianos de ambos sexos, han tenido la galante deferencia de obsequiarle con varios de sus magníficos trabajos literarios.

Cada día promete más triunfos al porvenir de este naciente campeón, merced al inextinguible celo, laboriosidad y ardiente entusiasmo de mis estimables consocios, quienes desde el 15 de marzo de 1889, día en que corrieron en pequeña pléyade con la esperanza en el semblante y la fé en el corazón á colocar la primera piedra en los cimientos de la Institución de que es órgano esta revista, hasta la fecha se han esforzado en todos sentidos por la prosperidad y buen nombre de "La Juventud Salvadoreña."

Todo aquel que conoce el carácter y modo de ser de los emancipados de España en el Nuevo Mundo, comprende lo poco fácil que es llevar con el debido éxito al terreno de la realización la coronación de una tarea de esta naturaleza: la fogosidad pasajera de los unos y la envidia y malicia de los otros han sido, son y serán siempre los elementos destructores de todas aquellas obras que propenden al adelanto, forman la honra é ilustran las páginas de la historia patria.

Pero afortunadamente "La Juventud Salvadoreña," despreciando los agentes nocivos y perniciosos de unos pocos, ha obtenido en el corto trascurso de su edad la satisfactoria aceptación de los más.

El tiempo es el agente trasformador de los pueblos como lo es del individuo aislado; es el poderoso crisol del laboratorio infinito en donde se funde lo viejo para producir lo nuevo.

El hombre de ayer pensaba que la tierra era una superficie plana, y el de ahora reconoce el grave error de sus antepasados. Este es el resultado de una sabia ley bajo la cual gravita la humanidad: el progreso.

El Salvador, como todo pueblo ha obedecido al impulso poderoso de esa fuerza divina y sufrido aunque no en grande escala las metamorfosis que eran de esperar, dada la índole de los salvadoreños, siempre anhelosos por llevar adelante su perfeccionamiento moral y material.

Pueblo viril, denodado, pacífico, humanitario, emprendedor y celoso de sus libertades y soberanía, aunque raquíptico en sus dimensiones topográficas, está llamado á ser más tarde uno de los distinguidos baluartes de la extensa sección continental hispano-americana.

Aparte el trabajo mecánico tan desarrollado entre sus hijos y la asombrosa fertilidad de sus sementeras, nos encontramos palmo á palmo con el notable incremento que en estos últimos años ha experimentado la instrucción, debido en gran parte al laudable patriotismo y actividad de los encargados de la suerte de la Nación.

Gusto y no poco da encontrarse á cada paso con la gente más ó menos instruída.

Por todas partes y hasta en los lugares más ignorados de la Repú-

blica no escasean los niños de corta edad que sepan leer, escribir y aun varios de los ramos que actualmente se enseñan en nuestros institutos de enseñanza secundaria. Oportunidad tuvimos de recibir pruebas satisfactorias en los pequeños y arrinconados caseríos de la frontera, durante la última campaña internacional.

¿Y qué diremos de nuestras amables señoritas á quienes dedicamos exclusivamente estas desgreñadas líneas? Algún poquito más, puesto que "La Juventud" tiene decidida simpatía por ellas. Sus encomiables cualidades las hacen dignas del interés general. ¿Y quién no se interesa por la suerte del bello sexo cuando es nada menos que la preciosa mitad de la gran sociedad en donde ocupa un delicado puesto, no como la "buena mujer sino una personificación inteligente con grandes consignas que llenar.

Aunque, "dada su conformación cerebral, no hay mujer que pueda llegar á ser una Arquímedes, y menos todavía Newton" y "que desde que hay habitantes sobre la tierra, y por consiguiente mujeres, no se ha encontrado un cerebro femenino al cual se deba algún descubrimiento análogo á los de Aristóteles, de Euclides, de Kepler, de Laplace, en los dominios de la ciencia," nos parece muy cruel y severo el concepto tan poco favorable que se hace del sexo femenino, y demasiado duro el cargo que se la infiere al decir: ¡Al ver caer una manzana, una mujer no habría pensado en otra cosa que en..... comérsela, á imitación de nuestra madre Eva! queriendo decir con esto, que está muy distante la mujer, en presencia de ese fenómeno físico, de haber podido descubrir las leyes de la gravitación universal, como lo hizo el sabio inglés á fines del siglo XVII.

Y por más que sea más ó menos

lógico aquello que "lo que no se ha hecho en millares de años no se hará nunca," es de todo punto inadmisibile que el pasado responda irrevocablemente del porvenir.

Dejando para otra ocasión las múltiples é injustas aseveraciones que se han hecho y se continúan haciendo contra la mujer con ó sin intension justificable, yo diré, que la mujer siendo muy susceptible de la más difícil ilustración, posee todas las aptitudes para desarrollar notablemente las dotes intelectuales con que la pródiga naturaleza la ha adornado, para poder brillar en el mundo científico y poder lucir la hermosura de sus galas en el augusto templo de los sabios. ¿No ha habido acaso mujeres verdaderamente eminentes cuyos nombres han franqueado las puertas de la inmortalidad?

La aplicación y el talento son las eficaces condiciones para el buen provecho en las labores de los estudios trascendentales y altas especulaciones del saber.

La perseverancia cosechará siempre los opimos frutos del cultivo moral, y la inteligencia de la mujer es un terreno apropiado que reúne los medios de vitalidad para nutrir y robustecer el gérmen de la ciencia.

Entre nosotros hay talentos femeninos dignos de mejor suerte. Señoritas privilegiadas con los fulgores de una viva inteligencia y de una imaginación creadora abundan con profusión en el Salvador. ¿Por qué, pues, no aprovechar esas sublimes cualidades del espíritu en beneficio de sí mismas, de la familia y de la sociedad?

La fatalidad es un crimen calificado por las leyes de la perfección y penado por los códigos de la moral.

La negligencia es un enemigo irreconciliable del adelanto. Es

preciso desentumir los ánimos empedernidos y no olvidar que somos de la sociedad y que los estrechos vínculos que á ella nos unen son otras tantas fuerzas que nos imponen ineludibles compromisos que cumplir, cada uno proporcionalmente á su contingente social; por cuya razón, la morosidad del más inteligente es más punible que la del menos.

Por otra parte, la adquisición de conocimientos nuevos proporciona, como todo lo bueno, la indefinible satisfacción del perfeccionamiento, ¡Qué inmenso es el expansible entusiasmo del calculista que consagra las felices horas de su existencia á la difícil y ardua tarea de las investigaciones matemáticas cuando da cima á la exacta solución de sus problemas! Y cuan grande fué el trasporte de júbilo del insigne y atrevido jefe de la memorable tripulación del "Santa María," Cristóbal Colón al grito mágico y significativo de "tierra"! ¿Quién no prefiere la blanca claridad del día á la negra oscuridad de la noche? La razón es obvia y está gravada intuitivamente en la conciencia de todos.

¿No es amenizar los dias de la vida humana, contemplar de cerca los colosos arsenales de la creación, ora arrancando maravillosos é importantes secretos á la naturaleza, levantando el denso manto del misterio y disipando el caos hasta sorprender el *por qué* de todo lo creado, ora combinando de mil modos las ideas para producir otras nuevas y más útiles.

Ser útil es un principio de moral y de necesidad. Llenad este noble fin, y os hareis acreedoras al aprecio, respeto y admiración de todos. Procurad con ahinco imprimir movimiento y fuerza á la palanca del progreso, y estad seguras del merecimiento de aquellos sentimientos; porque la ilustración

ha sido tenida en su verdadero valor en todos los tiempos y en todos los países, no solo por las personas capaces de apreciar su justo mérito, sinó también por los ignorantes que juzgan de buena fé.

El sexo femenino se hará tanto más encantador á los ojos de la civilización cuando á la delicadeza de sus formas reuna los productos inmarcesibles del talento.

La hermosura sola, carece del brillo que le da la inteligencia cultivada. La primera es efímera como la flor de un día, caduca á los primeros preludios de la madurez y solo se la admira cuando se la ve de cerca bañada por los plateados rayos del sol; la segunda traspasa las distancias como el vapor y la electricidad y aparece con todo su esplendor en medio de las tinieblas, porque las evoluciones del espíritu son tan sutiles que no reconocen obstáculo en el curso de sus manifestaciones.

“La Juventud Salvadoreña,” inspirada como el que más en el interés del bello sexo, y amante ante todo de lo que se relaciona con la ilustración y el progreso, hace una excitativa á las señoritas salvadoreñas para que escriban al público tan ansioso por conocer esas inteligencias cubiertas por el velo de una mal entendida modestia, y tomen ejemplo de las simpáticas colaboradoras de “El Ramo de Violetas,” á quienes deseamos sinceramente no desmayen en tan hermosa empresa.

Es preciso que esos fulgentes receptáculos de luz no se consuman entre las lóbregas paredes del olvido, é irradien sus puras y brillantes ráfagas á través de los vastos espacios del saber.

El talento se atrofia cuando se le encarcela en el estrecho recinto del hogar, bajo el oscuro cielo de un techo y en el seno del aire con-

finado del gabinete. Necesita de horizontes no finitos, cielo esplendente y atmósfera pura, elementos indispensables de su vida.

Dedicad algunas horas á las sagradas faenas de la meditación, y dejad que la pluma corriendo sobre el papel reproduzca la imágen de vuestros pensamientos y reflexiones con los bellísimos colores y embriagadores perfumes del regio tocador de Minerva.

El periodismo es una gran escuela en donde se han educado millares de genios, porque escribir es aprender, el deseo de escribir bien hace estudiar, y el estudio es un gran maestro. Los trabajos intelectuales fomentan prodigiosamente las funciones facultativas del cerebro.

Los torneos de la prensa son, pues, de utilidad y de necesidad indiscutibles.

Por estas razones tenemos fundadas esperanzas en que las bellas hijas de Eva, acojerán con gusto nuestros esfuerzos por el bien del Salvador.

Nuestra pequeña Revista ansía adornar sus pálidas páginas con las agradables y apetecidas producciones femeniles. La sociedad se hastia de leer artículos y más artículos *masculiníferos*, y quiere complacerse en saborear el dulce nectar de la mujer.

El público tiene derecho para exigir, y todos estamos obligados á satisfacer sus exigencias cuando tiene razón.

Este periódico se considerará muy honrado llevando á sus bondadosos lectores valiosos obsequios de la cara mitad de la sociedad, y siempre tendrá expresivas frases de reconocimiento para las amables autoras.

Encarecemos, pues, á las bellas é inteligentes señoritas salvadoreñas sus delicadas y simpáticas colaboraciones, y no olviden que es-



tán á sus órdenes las columnas de  
"La Juventud."

RAFAEL E. CHAVEZ.

## RIMAS.

Pusieronle una vela entre las manos,  
La vistieron de blanco y azahar;  
Y á recibir la comunión primera  
Se aproximó al altar.

\*

Con un velo, una flor y una corona,  
Adornaron su frente angelical;  
Y al lado del que amaba le dió un santo  
La bendición nupcial.

\*

Se tornaron muy blancas las megillas,  
Y sus ojos tan fijos vi cerrar....  
En tonces le pusieron muchas flores,  
Y fuéronla á acostar.

NICASIO VALLE.

San Salvador, 1890.

## EL AJO.

El ajo (*allium sativum*), esta planta que es conocida por todos, es de raíz bulbosa, componiéndose hasta de doce bulbillos, los que están encerrados en una película delgada y unidos por su base; esto es lo que se conoce con el nombre de *cabeza de ajos*, y cada uno de los bulbillos con el de *diente de ajo*; las raíces del ajo que son fibrosas tienen su nacimiento en la parte inferior de los bulbillos. El aceite volátil que contiene el ajo es de un color amarillo muy acre, y de un sabor fuerte, las propiedades excitantes de esta planta son debidas á su aceite. El ajo es un buen estimulante, se emplea como febrífugo, como también contra los dolores reumáticos unido á la miel.

El jarabe de ajo es un expectorante muy poderoso, el que se prepara con ajos, agua hirviendo y jarabe simple, de cada cosa partes iguales, manténgase este cocimiento bien tapado por espacio de unas doce horas á fin de que los ajos pierdan su acritud.

La terapéutica moderna no lo usa casi para nada, en la antigüedad gozaba de mucha fama, y en nuestros días solamente en el vulgo tiene gran boga: verdad es, que es un estimulante poderoso del aparato digestivo, pero desgraciadamente es algo indigesto á causa de los principios aliflicos sulfurados que contiene. Los rusos lo emplean contra la rabia. La eliminación de la esencia del ajo se hace por las vías respiratorias, razón por la cual puede administrarse en algunas bronquitis. Si se introduce un diente de ajo en el recto, determina un acceso de fiebre efímera, este hecho, es puesto en practica tanto por los marinos como por los soldados que quieren pasar á la enfermería. Si se aplica sobre la piel en cataplasma, produce rubifacción y hasta vesicación ligera, es por esto que el vulgo lo usa contra los reumatismos. El ajo machacado se usa con grande éxito contra la sordera, la sarna, la tiña y los cayos. Los árabes lo emplean contra las mordidas de los animales venenosos y contra las hemorragias. Con el zumo del ajo encolan el marfil, el hueso y las maderas finas á causa de ser bastante espeso, mucilaginoso y glutinoso. En la antigüedad, los griegos que comían ajos, no les era permitido entrar en los templos consagrados á la diosa Cibele. Virgilio lo recomendaba como reparador de las fuerzas perdidas.

Galenó lo llamaba la *triacá de los labradores*. Raspail lo llamó *alcáfor de los pobres*; grandes provisiones hacían los atenienses al embar-

carse, era adorado por los griegos, y los soldados romanos lo comían con gran placer.

E. C. ROQUE.

---

## EDAD MEDIA.

---

¡Llévame, pensamiento, á aquellos días  
De torneos y músicas y flores,  
A esa edad del valor y los amores,  
Y de las citas en las noches frías!

Traspórtame á esos tiempos de alegrías  
De empresas y de sueños tentadores,  
Cuando iban á cantar los trovadores  
Al pié de las talladas celosías.

Quiero ver á la hermosa castellana  
De codos en la reja, cuando flota  
Su pensamiento en la extensión lejana,  
Mientras llega al castillo el caballero  
Con su penacho azul, su recia cota,  
Y en sangre tinto el toledano acero!

ISMAEL E. ARCINIEGAS.

---

## El sentimiento.

---

El amor á las manifestaciones de la belleza á los acontecimientos que ya bajo un aspecto determinado, producen en el ánimo ciertos movimientos volitivos y las modificaciones agradables ó ingratas con que se presentan para ser conocidos ciertos fenómenos, vienen á sintetizar los variados aspectos del sentimiento.

Abrazar en pocas líneas las circunstancias particulares que rodean á los hechos para producir en nuestro ánimo esa extraña propensión, que á un tiempo mismo absorbe la actividad y por misteriosas vías dá existencia al deseo siempre creciente de alcanzar la posesión del objeto admirado, sería trabajo imposible. Un afecto solo considerado en cuanto á las edades, sexos, cultura y naturales hábitos,

ofrece un extenso campo para la atenta observación del pensador. A menudo se observa que ciertos individuos por una causa ignorada y casi inconscientemente del extremo del afecto caen en la exajeración del odio; impresiones se reciben que hoy son miradas con indiferencia y talvez mañana precipitan á la comisión de hechos que amargan la existencia y son causas genitoras de graves y trascendentales soluciones

En busca de ese sentimiento innato de la felicidad, lucha afanosamente el individuo hasta agotar todas sus energías y sea que se haya logrado obtener lo apetecido, ó que se sufra ese terrible golpe de ver desvanecidas las ilusiones más alhagadoras y muertas las esperanzas más hermosas, se siente renacer el brío y cobrar las facultades más vigor á efecto de iniciar labores que conduzcan á indemnizarnos de lo perdido, y en muchas ocasiones á alcanzar lo que ha constituido el objetivo de nuestras miras.

No es solamente en la época juvenil cuando las ilusiones hacen el encanto de la vida y proporcionan una como dulce aspiración, que nos hace esperar algo que será adecuado á nuestra propia naturaleza; cierto es que á medida que la experiencia aumenta aquellas disminuyen; pero también es innegable que si el joven vá tras ideales irrealizables el viejo se deja llevar por el hechizo de lo ignorado, á pesar del conocimiento mas ó menos perfecto del corazón, pues como con acierto se ha dicho: "nada agrada mas al espíritu que lo que ha pasado por el corazón."

La razón dominando todo nuestro ser, exige la adecuada unidad entre las acciones y los móviles impulsivos; y no obstante su poderío ocasiones hay en que no tiene fuerza suficiente para contrarrestar ese deleite que trae consigo las risue-

ñas ilusiones, que el áspero sendero de la vida lo van sembrando de hermosas y aromatizadas flores, que las locuras y abusos de la edad juvenil los rodean del aparato de la alegría y los disimulan por la fuerza de la misma edad y que los tristes padecimientos de la vejez los envuelven en colores de esperanza. Cuando vayan en armónico consorcio los inefables consuelos de las ilusiones y los mandatos fríos y severos de la razón, cuando se logren conciliar los atributos imaginativos y las decisiones racionales, sin admitir ninguna superioridad y ni haya imaginación desjuiciada ni haya razón que no considere los sentimientos, se habrá dado un gran paso al perfeccionamiento.

En las diferentes escalas del sentimiento hay sin embargo unas que tocando más de lleno las sensibles fibras del alma, ejercen influencia más decisiva en las humanas acciones. ¿Quién ignora hasta donde conduce el sentimiento de la patria? Amor á la patria es sentimiento complejo: es la canción dulce y sencilla, llena de ingenuidad, que allá en la niñez por vez primera se oyó entonar á una madre amantísima; es el paisaje risueño de los esmaltados campos por donde en plácidos momentos se deslizó la existencia, es la torre de la iglesia del pueblo natal, es la lengua de la metálica campana que á la hora en que el sol se hunde en el ocaso como eco de otros mundos convida á la meditación profunda y á la plegaria ferviente, es el afecto al árbol que ha dado sombra, á la brisa que ha refrescado nuestras frentes, al horizonte por donde se ha espaciado la vista. Patria dice el náufrago cuando lucha con el furor de las olas; porque en la patria vive la madre, que encarna el amor más santo, vive la novia objeto de los más caros afectos, vi-

ve el amigo para quien se tienen las mayores consideraciones.

Sentimiento como el de la patria, difícilmente se encuentra otro superior por mas que se estudie el corazón.

Amor á la gloria es causa de extraordinarios sacrificios, de penosísimas labores en ese sendero por donde van sabios y guerreros con los ojos en alto y el ánimo fijo en las grandes cosas. Esfuerzo supremo y aliento vigoroso para dar cima á lo que se resuelve en coronas y en himnos y lo que dignifica la especie humana y prepara para las hermosas transformaciones. Gloria! ¿y qué es la gloria? Es humo, dice el frío razonamiento, son dice el alma entusiasta, para el que arranca sus presas á la muerte y vuelve el consuelo á las familias, las lágrimas silenciosas que en lo apartado del hogar corren por las frescas y sonrosadas mejillas de gentil doncella, los trasportes de sincera gratitud de una madre buena, hacia aquel que la hace disfrutar del cariño de su hijo; gloria es para el adalid de la justicia ver que los esfuerzos de la maldad y la acción funesta de las innobles pasiones no tienen el poder suficiente para burlar la acción saludable de las virtudes ni el imperio siempre amable del bien; gloria es para esos seres que reciben sus inspiraciones de la región augusta de los heroicas intentos, derramar con abundancia sino los tesoros de materiales bienes otros tesoros más abundantes: los de la caridad; gloria es obtener por el esfuerzo propio la honra de ser útil á los demás hombres y gloria en fin es tener palabra, obra, acción al servicio de las nobles causas y para la defensa de los bien entendidos intereses sociales.

Amor á los semejantes, es aguijón para los hechos buenos y para los pensamientos que no llevan la

vergüenza al rostro, sino la paz y la tranquilidad á la conciencia; amor que hace ver un hermano en cada necesitado y que sufre con resignación los caprichos de los extraviados, amor que viene á establecer un lazo simpático entre los corazones, una perfumada cadena entre las almas y una mutua consideración entre los iguales.

El resumen de todos esos sentimientos viene á constituir el amor divino, tendencia de todos los espíritus, causa desconocida y poderosa que obra de una manera segura y sirve de estímulo eficaz á la realización de los actos más heroicos, y que encamina los vuelos de la razón á las esplendentes regiones de las amorosos entusiasmos y de las interminables felicidades.

VICTOR M. JEREZ.

## EL BARDO.

Allá en la antigua Caledonia un día  
Llamó á la puerta trovador viajero:  
"Bienvenido, clamaron á porfía:  
Más si quiere cenar cante primero."

Se abrió el feudal castillo iluminado  
Donde en lámparas mil la luz riela,  
Donde en púrpura y oro reclinado  
El bárbaro señor inmóvil vela.

Hermosas damas con gentil donaire,  
(Era el festín de unas alegres bodas)  
Entre burla y desdén, "que cante un aire  
De su país natal" dijeron todas.

Tomó el bardo el laud: su voz refiere  
Como su amante le olvidó perjura,  
Como al volver á sus hogares muere  
Su madre, que no vió su desventura.

Cantó el amor de la infeliz Malvina,  
Del alma errante las ocultas penas,  
La vuelta de la ardiente golondrina,  
Y su patria oprimida entre cadenas.

Todos le oían con risueña calma  
Ahijados de la dicha y la alegría;

Más nadie vió que en lo interior del alma  
Su no vertida lágrima corría.

Su espíritu en las cuerdas cabalgaba;  
Ya no era el trovador adolorido,  
Era un loco gigante que soñaba  
En la embriaguez salvaje del sonido.

El laud estalló ¡pobre instrumento!  
Para arrojar al rostro del que oía  
El agitado mar del sentimiento,  
Que allá en el fondo de su pecho hervía

Enmudeció el cantor: honda tristeza  
Bañó la palidez de su semblante,  
Y apoyando en las manos su cabeza  
Entre el ser y no ser quedó un instante.

¿Por qué calla el poeta? ¿Es porque siente?  
"Es que recuerda una canción remota,"  
Dijo una niña y otra indiferente:  
"No ha sido nada, es una cuerda rota."

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

## NOTAS.

### Sobre la influencia francesa.

Más de una vez, en tonos distintos y por distintos motivos, hemos oído clamar á distinguidos escritores españoles y á algunos escritores hispano-americanos, contra la influencia francesa, ora porque corrompe y desvirtúa la pureza de nuestra sonora habla, ora porque enturbia las fuentes de las tradiciones artísticas genuinamente castizas. La mayor parte de estos clamores vienen de España, y sin detenernos á investigar hasta que punto hay en el clamoreo un fondo de declamación ó un sedimento de rencor, que bien pueden, por causas históricas participar de ambos á la vez, pasaremos á demostrar cómo la mayoría de los protestantes aminora la seriedad de la protesta con sus procedimientos, privándola de la eficacia primordial de toda predicación: el ejemplo.

Puede mantenerse estrecho y fructuoso comercio de ideas con el pueblo francés, conservando inmaculado el propio idioma sin mancha de galicismo.

Allí están los filólogos excurtadores, los hablistas coetáneos, el tesoro de los

autores clásicos, la tendencia de no pocos escritores modernos, como la señora Pardo Bazán y Pereda, que limpian y remozan el empolvado arcaísmo, que la incuria dejaba momificarse cuando tenía un hueco que llenar en las filas de los vocablos en activo servicio, y que lanzan sin remilgos ni escrúpulos, el neologismo necesario, sin esperar á que los consagre el áulico consejo de los que limpian, fijan y dan esplendor al lenguaje. La paciencia, la milagrera perseverancia, puede hacer de un galiparlante empedernido un purista intachable. Pero todavía hay otra familia de prevaricadores para quienes la enmienda es más difícil. Hay galicistas de concepto, galicistas que con oraciones puras construyen períodos de sabor francés, como ajustadas á la índole del idioma vitando y pecaminoso.

A esta familia pertenecen algunos de los primeros escritores metropolitanos. Aquí tropezamos, evidenciándose la imposibilidad del arrepentimiento, con la primera razón en pro de la influencia francesa.

Las ideas fundamentales se buscan en sus manantiales originarios, y como estos no brotan en el suelo estéril que pisaba el macilento rocín del hidalgo de la Mancha, se traspasa la frontera y se va hacia ellas por el vehículo más cómodo y seguro. Este es el idioma francés, que aparte de lo que contiene ciencias y artes como producción nacional, vierte y propaga todo lo que se produce fuera de su solar y que contribuya á la emancipación del espíritu humano, sea alemán ó italiano, ruso ó griego. Puede decirse con toda exactitud que el principal instrumento de propaganda de las luces del siglo es el idioma francés.

¿Por qué no puede decirse otro tanto de nuestro idioma? Porque la producción española es estrictamente literaria, por el exclusivismo de la oferta, porque la demanda es tan complicada como ambiciosa, y va al mercado que está en mejores condiciones para satisfacerla. Ese mercado es París, es Londres, es Berlín, por antonomasia París; no hay ninguno con nombre español. Natural naturalísimo es que existan y perduren galicistas de concepto, como fueron heleenistas los romanos, latinistas los españoles, los franceses y los italianos. El cetro

es de Francia; su soberanía se impone por ley de evolución, ley de vida en el concierto humano.

Raras veces se vierte al castellano una obra de positiva utilidad, pululando, en desquite, traducciones de obras literarias, ínfimas en su mayor número, de autores de tercer orden, traducciones que son crímenes duplicados, desconocimiento del francés ó ignorancia absoluta del castellano, por donde resulta la versión un ferrotipo de espejismo. ¿A qué culpar el idioma francés por tales desaguisados? ¿Qué culpa tiene el creador de la ignara despreocupación del español que lo cercena y transforma, que le trasviste y transfigura? ¿No esponen esos engendros una cultura inferior, productos de causas diversas y complejas, pero todas absolutamente terrígenas?

Nadie pone en tela de juicio que con traducciones de esa laya el idioma corre el peligro de degenerar, pero nadie tampoco revoca á duda que los principales y mas enérgicos agentes de disolución son autóctonos y no exóticos.

En España aunque existe una corporación secular, creada para velar por los fueros del idioma, como todos los organismos que allí están subordinados al estado, más que un cenáculo de custodios de la lengua patria, es una liza donde hierve el fomento de las banderías políticas, donde la ejecutoria de sectario vale más que la ejecutoria de escritor superiorísimo, donde el verdadero mérito se pospone á la nulidad prohijada por valedores casi omnipotentes.

Pocos, muy pocos académicos de la española, son acreedores á ocupar el sillón que les ha otorgado el compromiso de cofradías; de ello es prueba palmaria que todos los esfuerzos de la colectividad no han culminado todavía en una obra maestra, que todos los diccionarios que han dado á la estampa adolecen de gravísimas faltas; el novísimo anunciado á vuelo de campanas, ha dado margen á que don Antonio de Valbuena, satírico de buena cepa, implacable y fecundo, haya restallado su lacecante látigo sobre los autores de la monstruosa criatura, poniendo de relieve, en regocijada zumba, sus deformidades.

Más debe la lengua al esfuerzo individual que á las labores de la congrega-

ción de elegidos. Bello, Baralt, Caro, Cuervo y otros más en la América acaso hayan realizado en conjunto obra más meritoria, de juro más profunda y práctica, que la de todos los académicos de todas épocas, aunque la comparación se establezca dentro de la más holgada relatividad. Y no solo ellos, filólogos por vocación, muchos escritores hispano-americanos, por su prosa ó su poesía, del más puro linaje, merecerían por fuera propio figurar en el grupo en que figuran tantos escritores oscuros, sin personalidad, legos en el manejo del instrumento de expresión que custodian como custodian los leones de mármol los sepulcros de los reyes.

No es esto todo. Sea por el calibre de la mayoría académica, en que se confunde nata y haces, sea porque los idiomas, como se ha dicho con sumo acierto, son organismos vivos cuyas funciones corren parejas con los elementos de vitalidad de la atmósfera ambiente, sea porque toda congregación tiende á extremar la tendencia conservadora; si ve en la tendencia algo así como una misión delegada, es lo cierto que la academia española, con la misma desidia con que ha dejado convertirse en osario un caudal de palabras gráficas y enérgicas, ve la aparición de ciertos neologismos que designan matices de ideas, objetos nuevos, adquisiciones de tales ó cuales ciencias, más que con apatía con recelo y repugnancia.

De aquí proviene una división del trabajo, ya que no perfecta, muy clara y definida, pero en la que la actividad de la academia queda limitada al campo de acción más restringido. La iniciativa individual, que necesita de toda su fuerza y libertad, crea el neologismo, lo pone en circulación, el uso lo consagra, y la academia, como un custodio de museo, lo clasifica, numera y coloca en los casilleros de sus escaparates. Es decir, que llevando el espíritu de conservación hasta el reaccionarismo, no puede luchar ni siquiera regular la acción del uso, antes al contrario, acepta sus conquistas como expresión del sufragio libre, resignándose á sellarlas y rubricarlas para legalizar su naturalización.

Volviendo al galicismo, en la forma ó en el concepto, el segundo, por las relaciones continuas entre España y Fran-

cia, no lleva trazas de desaparecer, y el primero, parasitario ó no, vegetará por largo tiempo, en tanto una exuberante florecencia nacional no produzca en el idioma una restauración, una trasfusión de savia como en la edad de oro del clasicismo. No obstante, difícilmente podrá España limpiar y depurar su idioma hasta aquel punto y grado que sueñan los puristas, aparte de que, si se realizase este ideal de pureza, ya estaría cerca del panteón de las lenguas muertas. Las literaturas regionales, recobrando su independencia, restauran sus dialectos ó idiomas, especialmente en Galicia, en Cataluña, donde los ingenios más notables desdeñan el empleo del castellano, y en las provincias vascas, donde el movimiento es menor. Cada una de estas literaturas contribuye á quebrantar la unidad del idioma y á disminuir su soberanía; estas influencias reunidas contribuyen á hacer más inasequible el anhelo de los puristas.

Si en España se dificulta cada vez más la obra de la depuración, en algunos países de la América neo-latina la dificultad es la misma, aunque sean distintos los elementos que la forman. Solo aquellas naciones que por circunstancias diversas han cerrado sus fronteras á la influencia extranjera, y en las cuales, por la herencia y por el orden natural de desenvolvimiento intelectual han cultivado con esmero los estudios filológicos, son las que, con mas títulos que la misma corporación española, pueden llamarse depositarias del arca santa del lenguaje. Tan cierta es esta aserción, que en esos países se escribe el castellano con mas corrección y pureza que en España, y que aparte de renovadores sin sistema como el arcáico y extraño Juan Montalvo, y de otros dotísimos maestros en el arte del buen decir, han producido reformadores ó compiladores de madera de benedictinos como Baralt, Bello, Caro y el formidable Rufino J. Cuervo. Los países que no están en esas condiciones que los impele á la conservación, representan la iniciativa individual, la conquista del vocablo, siendo tan legítima la acción de los unos como la de los otros.

La República Argentina y Chile, por ejemplo, representarían el neologismo y el exotismo. Colombia y Venezuela el arcaísmo, viniendo á ser el término

medio la adaptación completa del idioma á los diversos medios de America, en los que sería depurado, reconociendo, con superior tolerancia, el derecho á la vida de determinadas palabras locales.

Españoles é hispano-americanos, en lo que hace á las tradiciones artísticas, seguimos, con más ó menos independencia, el movimiento que Francia ha iniciado y caracterizado. Si Alarcón siguió en *El Sombrero de tres picos* las huellas de *La Celestina* y el *Lazarito*, en *La Pródiga*, en *El Escándalo* y en ciertos parajes de *El niño de la Bola*, fue un discípulo de la escuela francesa.

Galdós, en su segunda era, tan distinta de aquella en que concibió los *Episodios* y sus vibrantes libros sobre el conflicto religioso, sigue paso á paso á Zola, con leves atenuaciones y distingos. La última novela de la Pardo Bazán, *Insolación* (1), podría firmarla sin escrúpulo Edmundo de Goncourt. Narciso Öller, el inspirado autor de *La Mariposa*, escrita como todas sus obras en catalán, es un brillante sectario del pontífice del naturalismo. Campoamor que se imagina en su ideismo el mas rancio de los españoles, es un francés en sus imitaciones, en sus obras originales, hasta en la estructura de sus rimas. Muchos en América, imitando á los españoles, imitan por acción refleja á los franceses.

La imitación se impone al espíritu como una necesidad, cuando el creador abre horizontes nuevos, cuando eleva

(1) No tanto por el mérito intrínseco del libro como por la aplicación de sus teorías sobre la novela moderna. En su rifoso libro *La cuestión palpitante*, la señora Pardo Bazán daba la preferencia al naturalismo de los hermanos Goncourt, pero no había seguido sus huellas de modo franco y resuelto hasta que lo intentó en *Insolación*. La prueba ó ensayo quedó en estado de conato. Su última novela *Morriña*, que es una joya tipográfica y de arte, sí podría firmarla con legítima satisfacción el superviviente de los "hermanos Siameses" de la literatura moderna. Ha imitado con gallarda habilidad, no el género nervioso y pictórico de *Manelle Salomon*, sino el de *Soeur Philomene*, con el análisis sutil y delicado, sus detalles de caracteres, y la peculiar sencillez del argumento. *Morriña* ha sido un triunfo completo. En su reciente libro, *Al pié de la torre Eiffel*, la ilustre escritora llama á Edmundo de Goncourt "mi viejo amigo y maestro," el más caracterizado de la novela contemporánea; conságrandole un capítulo en que late tras de la serenidad de la crítica la admiración del fervoroso discípulo.

su creación por su fuerza y sus prestigios, á la categoría del arquetipo. Es la antorcha que pasa de pueblo á pueblo en la legión de los iniciadores, de los que exploran, de los guías y maestros. Aun cuando los imitadores conserven su fuerza creadora, la unirán á los iniciadores para constituir una variedad, nunca tan vigorosa y autónoma que no conserve rasgos, cualidades y defectos de los elementos que se ha asimilado. La crítica mas escrutadora y serena, procediendo por comparación, hallará en el realismo de Cervantes más elevación y realidad, ó ilusión de realidad, que en el realismo de los modernos romancistas franceses; acaso pueda decirse que el realismo francés es el realismo español, extremado en unos, perfeccionado en otros, envilecido en los ménos; de seguro en la misma concepción del arte, en armonía con las tendencias de la época, y esteriorizada por temperamentos diversos. Ahondado en el linaje de la estética del verismo, habría que remontarse á Roma y Grecia para hallar sus orígenes, pero en el método aceptado, más que en lo original de la concepción en sí, estriba el mérito en la manera peculiar de encarnarla ó exteriorizarla. Vienen los matices, las contribuciones de la cultura, las miles formas de la herencia, el momento, el medio, y tenemos una escuela nueva, ó si se quiere, una etapa más del renacimiento. Lo que distingue la soberanía intelectual de Francia en nuestros días de la soberanía de España en la era clásica, es la convivencia de escuelas, la diversidad de estéticas, y sobre todo, el individualismo en todos los afiliados. La crítica, lógicamente, corresponde á esta diversidad y á esta preponderancia de las individualidades. Entre sus diversos y autorizados representantes en la gran república europea, que sale más vigorosa y templada de las pruebas á que la someten elementos adversos ó disolventes, podríamos señalar á H. Taine, E. Faguet, J. Lemaitre y Hennequin. Taine es el representante, el maestro de la crítica científica; Faguet el representante de la crítica literaria pura, aprovechando con parquedad y tino las conquistas de las ciencias psíquicas; Lemaitre, el impresionista sagaz, cultísimo, esteticista consumado, aunque demasiado personalista, y Hennequin un diséi-

pulo de Taine, estremista, oscuro, innovador, audaz y ambicioso.

La crítica que ha llegado en Francia al mismo grado de perfeccionamiento que la novela, vive en España en los períodos prehistóricos, y cuando algún crítico español quiere realizar un empeño de trascendencia se aleja de la arcaica tradición y pasa las fronteras en busca de guía. Ahí están *Clarín* juzgando á Baudelaire en *Mezclilla* á la manera de Courget, Menéndez Pelayo y la señora Pardo Bazán anunciando que en la *Historia de la literatura española* que ambos preparan para las prensas, piensan seguir el método de Taine en la *Historia de la literatura inglesa*.

La arcaica tradición nacional preconiza la crítica estrecha y sentenciosa, la crítica que con un metro y una pauta declara buena ó mala la obra por su ajuste á su inconformidad con un molde hecho con un arquetipo rígido. Los que por su cultura aspiran á más, buscan en Francia la obra laboriosa de una evolución lenta, sólida, acrisolada en las ciencias de observación y experimentales, una crítica más positiva, más humana que no puede concebir, que no puede aislar la obra de su autor, de su tiempo, de la atmósfera de ideas y afectos en que fue concebida y engendrada, que desdeña el veredicto, el fallo, y se preocupa solo de explicar la concepción por el autor y el autor por la concepción, una literatura por la raza, sus modificaciones, su suelo, sus circunstancias históricas.

Este género de influencia se solicita, se busca, como se busca y solicita un descubrimiento útil, sin detenerse á discutir sus orígenes ni su procedencia, hasta la convicción de su bondad, la justificación de su eficacia.

La reforma operada en el sistema de educación, que es como la quinta esencia de las conquistas realizadas por la ciencia moderna, y que apenas si tiene en España alguno que otro apóstol, aislado y convencido, víctima de la resistencia que le oponen, los elementos que en todo tiempo han obstruido la vida á los principios regeneradores, es una de las causas que más contribuye á que perdure la influencia francesa, y más aún, á que, á pesar de todos los obstáculos y resistencias, se infiltre y propague.

Véase, si no, el caso singular y curioso, que no es el primero, de Menéndez Pelayo siguiendo las aguas de Taine. ¿Cómo podrán conciliarse y fundirse los principios del frío y sistemático director de la revolución francesa? ¿Cómo armonizar la revelación, el libre albedrío, la influencia divina con el libre examen, el determinismo, la influencia del medio? ¿Asistiremos á los arriesgados equilibrios de una metafísica influente ó caprichosa, sutil y con visos de eclectisismo? No nos cumple aventurar vaticinios, por más que mueve á pensar qué especie de criticismo habrá de seguir de ese contubernio, de esa promiscuidad. Ocurre naturalmente inquirir por qué Menéndez Pelayo se decide á aplicar el sistema de Taine á la historia del movimiento literario en España, y sin preocuparnos de su mayor ó menor fidelidad á la doctrina del maestro, ni discutir siquiera como un hombre de educación esencialmente literaria podrá apropiarse un sistema crítico que reposa en bases rigurosamente científicas, no parecerá gratuita explicación que atribuyamos la decisión del famoso erudito al prestigio que ejerce sobre las inteligencias superiores el rigor del método del sapiente filósofo francés, lo ingente de un sistema en que se confunden la observación, la experimentación, la metafísica y el sentido estético. Pero Taine es un ejemplo vivo, y aun anticipado, de lo que influye en el desenvolvimiento de la inteligencia el conocimiento de las ciencias como fundamento de la educación que es el gran ideal de la pedagogía contemporánea.

No diremos que sea esta conquista originariamente francesa, por más que haya tenido en Francia precursores y modernamente, inteligentes y convencidos expositores. La palma de oro es de los pensadores ingleses, pero Francia ha prohijado el sistema universalizándolo en el vehículo de su ático idioma. El desarrollo de las ciencias en Francia, poniéndola en aptitud de recibir la doctrina nueva, le ha permitido hacer algo más, contribuir á su depuración y perfeccionamiento. En España, condenada al papel de consumidora recelosa, la teoría ha encontrado eco en alguna que otra personalidad pero la opinión ha apagado sus vajiados. Como



es irresistible la fuerza de atracción de la verdad, en España, y mejor aún en algunos de sus vástagos americanos, la ciencia francesa tiene numerosos adeptos y representantes. Si ha podido decirse con suma razón que la metrópoli mercantil de la isla de Cuba es la gran República del Norte, con igual propiedad puede decirse que su metrópoli intelectual, más en lo científico que en lo literario, es la nación francesa. Y lo que de Cuba decimos podría repetirse con leves modificaciones de no pocas repúblicas del continente. Si tenemos bases comunes para crearnos concepto de lo concreto, es lógico que han de ser también comunes los conceptos abstractos que de ello derivemos, y si aceptamos, por comprobación de lo experimental lo que ya es inconcuso acerca del funcionamiento del espíritu, es lógico también que adoptemos el mismo sistema para la educación. De aquí como hemos apuntado, que la influencia francesa perdure y se extienda cada vez más, fundiéndose en el afecto con las impresiones del primer credo del pensamiento, aliándose á nuestra vida emocional.

Lo que anotamos rápidamente en lo artístico y en el orden científico podría reiterarse en lo político, con aplicación exclusiva á España, limitada solo á algunos corifeos, y por antonomasia á don Emilio Castelar (2). Piñeyro, en su brillante examen de *El movimiento republicano de Europa* demuestra que el autor de este infortunado libro es un francés más, un español que se ha asimilado las ideas, sentimientos y preocupaciones de sus vecinos. Pi y Margall no dista mucho del celeberrimo lógico de la *Filosofía del progreso*, del que ha sido traductor y panegirista apasionado (3).

Ante este cuadro pálidamente abocetado, no nos explicamos la sinceridad de las declamaciones contra la influencia francesa, mucho menos las que parten de España pretendiendo convertir los Pirineos en Cordón sanitario: Venga la resistencia de los reaccionarios en

(2) "Piensa y siente como un francés, agrega Piñeyro; hablando de Ledru-Rollin dice: ha sido desde 1832 nuestro primer tribuno, nuestro mejor orador."

(3) Un autorizado crítico de la *Revue Politique et Littéraire* califica así al jefe del federismo pactista: "es un Proudhon español." Ju gaba su célebre estudio *Las Nacionalidades*.

arte ó en religión, obedezca á vana presunción de nacionalismo ó á cábala de política; y sectarismo, en uno ú otro caso supone un retroceso lamentable, una vuelta al parado. La misma ley que compele á los pueblos, y á las razas á emigrar, compele al espíritu humano á borrar fronteras á realizar la fraternidad intelectual. La cultura genuinamente Nacional, en verbo de verdad es un mito. ¿El hombre moderno no es un producto complejo hasta lo infinito, de las concesiones semitas, griegas, latinas y germanas? ¿Quién osaría protestar de la fusión de elementos tan disímiles? Francia, en suma es como el florilegio animado de las florecias de todas esas civilizaciones acendradas por la moderna cultura. Rechazar la invasión en esta forma, es rechazar la atmósfera y el alimento porque no llevan el sello, el tono, los jugos de la tierra. Es el lugareñismo suicida en su escala máxima.

Podría argüirse por algunos que la influencia aminora el sentimiento nacional, y aún, que las ventajas que reporta vienen aparejadas con defectos ó gérmenes peligrosos. Lo primero no está comprobado, sí que desmentido en la práctica. Pocos pueblos tan cosmopolitas en lo intelectual como el pueblo francés, y pocos pueden hombreade con él en la intensidad del perjuicio nacional. En cuanto á lo segundo, no negaremos que hay un fondo de verdad, pero á ese precio se pagan no pocas de las adquisiciones de la vida social. En último caso, todo depende de la vitalidad del organismo, de cuya energía podrán deducirse sus probabilidades de éxito en la lucha por la existencia. La vitalidad consiste en asimilarse lo útil y en eliminar lo inútil ó pernicioso.

Véase el caso de los Estados-Unidos en presencia de un fenómeno importante de Alemania: el socialismo. Fue un proceso de eliminación. Si Francia ha inculcado á muchos pueblos el virus del jacobinismo á la vez que el fuego del gironismo idealista y austero, ha sido porque eran demasiado plásticos los grupos que recibían la doctrina y también porque la educación y el momento histórico los habían preparado para recibirlas.

Tal vez en España la resistencia sistemática á la influencia francesa obedece á las mismas causas generadoras

de su situación actual, á la tendencia á estratificarse con sus tradiciones y sus instituciones seculares. Precisamente por factores diametralmente opuestos, en casi toda la América latina la fuerza de resistencia es impulsión, acometividad, afán de avance, solicitud por ir en la vanguardia. La América tiene fuerza y conciencia de su fuerza, no teme á la influencia, la solicita y en ello demuestra que se siente con alientos para asimilar lo sano y jugoso y eliminar lo inútil y nocivo, que interviene en la evolución natural regulándola con su iniciativa, modificándola con su sed insaciable de progreso.

MANUEL DE LA CRUZ.

## CONSONANCIAS

EN UN ALBUM.

Dicen que el nauta que frecuenta el hielo  
Del yermo boreal, venciendo el frío,  
Recibe á veces de ignorado cielo  
Una olorosa ráfaga de estío.

¡Qué beso el de tal hálito de paso!  
¡Qué fruición! ¡Qué delicia! ¡Qué embeleso!  
¡Solo un beso de amor produce acaso  
Mayor placer que semejante beso!

Pues bien, yo experimento en tus miradas  
Lo que en el polo el peregrino siente,  
Cuando una de esas brisas perfumadas  
Va de otro clima á acariciar su frente.

En mi noche invernal, Dios ha quarido  
Que el resplandor de tus pupilas fuera  
Un effuvio de rosas difundido  
En un rayo de sol de primavera.

A LAS COSAS SIN ALMA.

Cosas sin alma que os mostrais á ella  
O la servis en muchedumbre tanta,  
¡Temblad! La móvil hora no adelanta  
Sin imprimiros destructora huella.

De la materia resistente y bella  
Tomad lo que mas dura y mas encanta;  
Si sois piedra, sed mármol; si sois planta,  
Sed laurel; si sois llama, sed estrella.

Mas no esperéis la eternidad. El lodo  
Se disuelve en la onda que lo crea,  
Dios y la idea, por diverso modo,

Pueden solo flotar en la marea  
Del objeto y del ser: Dios sobre todo  
Y sobre todo lo demás, la idea.

SALVADOR DIAZ MIRÓN.

—LO QUE INVENTAN LAS MUJERES.—  
América es, sin duda alguna, el lugar  
de las sorpresas.

En ese país en donde cada uno tiene  
la imaginación particularmente ardiente,  
las mujeres quién lo hubiera creído?  
se hacen notar por un profundo espíritu  
de invención en materia de industrias.

Es por lo ménos lo que nos dice el  
*Monde industriel*.

Según este colega muy especial, muchas invenciones prácticas, máquinas complicadas y de uso constante son debidas á mujeres.

Fué una mujer, una californiana, parece, quien tuvo la primera idea de fabricar carritos para el uso de los niños, y esta invención, tan práctica y tan interesante, le ha producido 50,000 dollars.

La máquina para limpiar el algodón, que hoy día evita al hombre un trabajo penoso é insalubre, es así mismo debido á la imaginación fecunda de una mujer, Mrs. Green.

Y fué también una mujer la que inventó la máquina para fabricar herraduras para los caballos, como fué una mujer quien tuvo la primera idea de fabricar una segadera mecánica.

## EL ECO.

Negro, inmenso talud, cual la conciencia  
Del malvado, entre breñas encontré;  
Atraído por vértigo de ciencia,  
En sus bordes de bruces me arrojé.

Buscando la raíz de su cimientto  
De noche en noche la mirada va;  
¡Qué hay mas allá? grité. Lejano acento  
Contestó como en burla: ¡Más allá!

Viajero que en la cúspide del mundo,  
Sobre el abismo de la muerte estás,  
Tú clamas con furor, y en lo profundo  
Responde el eco, el eco nada más!

ENRIQUE J. VARONA.